EL RESERVADO DE SEÑORAS.

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

D. JOSE DE FUENTES.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Variedades en la noche del 29 de Enero de 1876.

MADRID

SEVILLA, 14, PRINCIPAL

1876

EL RESERVADO DE SEÑORAS.

EL RESERVADO DE SEÑORAS.

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

D. JOSE DE FUENTES.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Variedades en la noche del 29 de Enero de 1876.

MADRID

IMP. DE DIEGO VALERO SOLDADO, 4, BAJO

1876

PERSONAJES.	ACTORES.
D. PLÁCIDO.	Sr. Chaves.
D. CASTO..	» Luján.
ÁLVARO.	» Ruesga.
ELENA.. } Hijas de Plácido.. . .	Sta. Espejo (Dª J.)
LUISA... } Hijas de Plácido.. . .	» Rodriguez (D.ª L.)
D.ª CASIMIRA..	Sra. Rodriguez (D.ª C.)
BENITA..	» Rodriguez (D.ª A.)

La accion se supone en Pozuelo.—Época actual.

A MI QUERIDO AMIGO FEDERICO CHUECA.

Dígnate aceptar este humilde trabajo, en tanto que pide á su pobre ingénio dones mejores que ofrecerte tu cariñoso amigo,

PEPE.

ACTO ÚNICO.

Un salon. A la derecha chimenea y sofá. A la izquierda un velador con su correspondiente tapete.

ESCENA PRIMERA.

BENITA, y luego CASTO.

BEN. (En la puerta del foro.) Entre usted, señor don Casto.
CASTO. Yo... (Estornuda.)
BEN. Calle! está usted constipado?
CASTO. Poca cosa. (Estornuda.) Es que se me conoce?
BEN. Ya lo creo!
CASTO. Y tu amo, está en casa?
BEN. Nó; pero le estoy esperando de un instante á otro.
CASTO. Cómo! No ha llegado aún? El que es un modelo de exactitud! Cuando vine á Pozuelo hace quince dias, me dijo: «Salgo mañana para Zaragoza á fin de anunciar á la madrina de mi hija su casamiento con tu sobrino; pero estaremos de vuelta para el diez y siete. Dicho dia comeremos en familia, y acabaremos de arreglar nuestras condiciones.»

BEN. Pues la comida no faltará, porque el señor me escribió la tuviese preparada. (Suena una campanilla.) Oye usted? De fijo son ellos. (Vás ..)

ESCENA II.

DICHO. PLÁCIDO y LUISA vestidos de viaje y con sacos de noche en la mano.

PLAC. Benita, ayúdame á desembarazarme de todos estos trebejos. Hola, Casto, estás ya aquí?

CASTO. Hace dos minutos... (Se suena.)

PLAC. Alabo tu puntualidad. Francamente no esperaba encontrarte aquí.

LUISA. Con efecto, papá temia que hubiera Vd. olvidado la cita.

CASTO. No faltaba más! Olvidarme, cuando se trata de hacer la felicidad de Vd... Eso es no conocerme!

BEN. (A Luisa.) Ha tenido usted buen viaje, señorita?

LUISA. Excelente, querida Benita.

CASTO. Me alegro mucho, Luisa.

PLÁC. No ha ocurrido nada durante nuestra ausencia? (A Benita.)

BEN. No señor.

PLÁC. Y Elena?

BEN. En su colegio; pero vendrá en el próximo tren.

PLÁC. Y la comida?

BEN. Estará lista para las seis como usted ha dispuesto. Para ello voy á dar un vistazo...

PLÁC. Sí, sobre todo, cuida de ser exacta. Tengo un hambre! (Benita sale por el foro con los sacos de noche.) Y tú, hija mia, arréglate un poco. Es preciso que tu prometido te encuentre hoy, que se firman los contratos de boda, más hermosa que nunca.

LUISA. Oh! descuide usted, papá. (Váse primera izquierda.)

ESCENA III.

DON CASTO y PLACIDO.

PLÁC. Ya me tienes aquí, querido Casto, contentísimo del viaje que he hecho. La madrina de Luisa (*Se sienta.*) aprueba el casamiento de su ahijada con tu sobrino Alvaro, y nosotros terminaremos hoy este asunto antes de sentarnos á la mesa. Creo que Alvaro estará cada vez más enamorado?

CASTO. Oh! ciertamente... (*Estornuda.*)

PLAC. Durante nuestra ausencia ha escrito á Luisa unas cartas muy apasionadas.

CASTO. Eso es... (*Estornuda.*)

PLAC. Pero hombre, no hay medio (*Se levantan.*) de hablar contigo; no me respondes más que con estornudos.

CASTO. Ay! Plácido, amigo mio, si tú supieras... Este constipado de cabeza es toda una aventura; pero una aventura deliciosa. Escucha, voy á abrirte mi corazon. Al dia siguiente de tu partida conocí á una encantadora criatura...

PLÁC. Diablo! continúas siendo incorregible!

CASTO. Pero, qué quieres, hombre! Natural es que la juventud se divierta, y más natural aún que los hombres de mi edad, que no han tenido juventud, pues la han pasado en algun rincon de provincias, donde tanto escasean las ocasiones de divertirse, procuren al hallarse en Madrid recobrar el tiempo perdido. (*Estornuda.*)

PLÁC. Bueno lo has cogido.

CASTO. Oye. Al dia siguiente de tu partida, como te he dicho, me paseaba por la Fuente Castellana, sin mi esposa afortunadamente, cuando tropecé con la mujer más encantadora, más... (*Estornuda.*) que puedes imaginarte. Verla y amarla todo fué una misma cosa. Tú no puedes figurarte la perseve-

rancia que he tenido que emplear para hacer su conquista. Doce noches he asistido al café de Eslava, donde ella concurre, hasta que ayer, por fin, obtuve de Pura... (Estornuda.) porque se llama Pura, una cita en su casa. Llego á ella, y apenas acababa de presentarla mis respetos, llaman á la puerta. Sin duda Pura reconoció el campanillazo, porque al instante exclamó: Cielos! mi tio! estoy perdida! pronto, escóndase usted! (Estornuda.) Busco en dónde, pero nada encuentro; la habitacion no tenia más que la puerta de entrada...

PLÁC. Qué imprudencia!

CASTO. Y luego alaban los progresos de la arquitectura! Por fortuna, diviso un balcon...

PLÁC. Y te arrojaste por él?...

CASTO. Nó; preferí permanecer en él durante dos horas. Desgraciadamente llovia á cántaros...

PLÁC. Y tomastes un baño...

CASTO. Que me constipó como ves. Cuando el tio se marchó, Pura corrió al balcon, de donde me sacó, no como á un hombre, sino como un paraguas mojado. Desde entonces no hago más que estornudar. (Lo hace.) Ah! querido Plácido, escuso encargarte que no digas ni una palabra de esto á mi mujer.

PLAC. Por quién me tomas? Pero dí, cómo es que no ha venido contigo?

CASTO. La he dejado en casa de la señora de Alvarez, á quien se empeñó en visitar, y no habido más remedio.

PLÁC. Segun eso, sigue siendo tan celosa y despótica como de costumbre?

CASTO. Ya sabes que génio y figura hasta la sepultura.

PLAC. Pobre Casto!

CASTO. Y tan pobre! Figúrate que me dá cada disgusto con sus ridícuios celos, y eso que desde su aventura en París deberia haber escarmentado.

PLAC. Su aventura en París? Hombre, pues eso no me lo has contado.

CASTO. De veras? pues es la aventura más graciosa que puedes imaginar. Ya sabes que hace medio año fuimos á dar una vuelta por París. Una noche que mi mujer no quiso salir del hotel, me dirigí á ver una exposicion de figuras de cera, que tenian el doble atractivo de no poder ser vistas más que del sexo feo. Casimira, que si me habia dejado salir solo era para expiarme, me ve entrar en la exposicion, y se empeña en seguirme. Como no entiende el francés, los recibidores de billetes en vano se esfuerzan en hacerla comprender que no puede penetrar en la exposicion; ella se empeña en ello, y dando un empujon á uno y un bofeton á otro, arma el consiguiente escándalo, logrando, por último, ser conducida al violon...

PLAC. Al violon?

CASTO. Sí, hombre, sí, al violon.

PLAC. No entiendo.

CASTO. Ah! vamos; tú sabes el francés lo mismo que mi mujer, no es eso?

PLAC. Precisamente.

CASTO. Pues has de saber, ignorante, que violon en francés significa prevencion!

PLÁC. De modo que...

CASTO. Casimira pasó seis horas en la prevencion, tiempo que tardé en enterarme de lo ocurrido, y en ir á sacarla de ella. Desde entonces ha cobrado un horror á la palabra violon, que no es decible. La vista de uno de esos instrumentos la ataca á los nervios, y cuando me aburre con sus ridículos celos, no tengo más que hacer esto, (*Figura tocar el contrabajo.*) para que me deje en paz.

PLÁC. Es chistoso el lance... Diablo! La hora! (*Mirando el reloj.*)

CASTO. Yo voy en busca de Alvaro, que me estará esperando. Oye, seremos muchos á la mesa?

PLÁC. Seis. Tu esposa, tú, Alvaro, mis dos hijas y yo.

CASTO. Tus dos hijas? Ah! sí, la pequeña Elena.

PLAC. Pequeña? No tanto. Sabes que está terminando su educacion. Ha cumplido diez y siete años el mes pasado.

CASTO. Diez y siete años!

PLAC. Justos y cabales.

CASTO. Cómo se pasa el tiempo! Bien es verdad que no la he visto hace tantos años!

PLÁC. No es extraño. Como que no para nunca á nuestro lado. Ahora, que es cuando más está, se marcha por la mañana al colegio y no vuelve hasta la tarde.

CASTO. En qué colegio la tienes?

PLAC. En el de los Angeles. Uno de los mejores colegios de Madrid.

CASTO. Y cómo viviendo tú en Pozuelo, vá ella diariamente á la córte?

PLAC. Muy sencillamente. Para qué está el ferro-carril? La aya ó yo la dejamos por la mañana en el coche, y una inspectora la espera en la estacion de Madrid.

CASTO. Pero, y durante el viaje?

PLAC. No corre ningun peligro, porque vá en el reservado de señoras; una de las instituciones más útiles de nuestra época.

CASTO. En efecto.

PLAC. Ya verás qué bien educada está Elena. Sobre todo, te encargo que en la mesa no vayas á contar ninguna de esas historias verdes...

CASTO. Descuida, vá á estar presente mi mujer. Ah! Diablo! ya me olvidaba de mi sobrino. Corro en su busca. Antes estornudaré una vez á mi gusto, porque si Casimira me oye siquiera toser... no acabarán nunca las explicaciones. (Quiere estornudar

y no puede.) Otra vez será. Hasta luego. (Váse foro.)

ESCENA IV.

PLÁCIDO, despues BENITA.

PLÁC. El diablo es este Casto! Siempre con historias de mujeres!

BEN. La comida marcha bien; he dejado al cuidado de ella á Mariana, y si usted no manda otra cosa voy á buscar á la señorita Elena.

PLÁC. Sí, ya es la hora. Pero antes, díme: durante mi ausencia Elena ha asistido al colegio? Está contenta de ella la directora?

BEN. Muy contenta, como que ha aprendido unas cosas desde que usted se fué...

PLÁC. Ah! es muy lista.

BEN. Y muy graciosa. (Llaman.)

PLÁC. Vé á abrir y corre á la estacion.

BEN. Enseguida.

PLÁC. Ah! Benita.

BEN. Señor!

PLAC. Supongo que Elena no sabe nada del casamiento de su hermana?

BEN. No señor. (Váse foro.)

PLÁC. Bueno, eso me gusta. Qué sorpresa vá á llevar! Quiere tanto á su hermana que con seguridad este enlace ha de serle muy grato.

ESCENA V.

PLÁCIDO y DOÑA CASIMIRA.

CAS. Cómo! No está aquí? Se ha marchado ya?

PLÁC. Doña Casimira!

CAS. Dónde está?

PLÁC. Quién?

CAS. Casto, mi marido.

PLÁC. Hace un momento marchó de aquí para ir en busca de su sobrino.

CAS. Ese es un pretexto. De fijo ha ido á casa de alguna... Ah! es un perdido, al que tengo que atar muy corto.

PLÁC. Vamos, sosiéguese usted, amiga mia, y tome asiento. Casto no tardará en volver. (Doña Casimira se sienta en el sofá y Plácido en una silla.)

CAS. Ah! mi querido don Plácido, qué destino el de la mujer!

PLÁC. Usted exajera!

CAS. Oh, los hombres! los hombres todos se ayudan para engañarnos. (Se levanta y Plácido la hace tomar asiento.)

PLÁC. Usted dice de los hombres, lo que ellos dicen de las mujeres.

CAS. Eso es muy diferente. Las mujeres tienen celos unas de otras, se disputan las conquistas, pero nada más. En cambio los hombres casados engañan tan fácilmente á sus mujeres!... (Se levanta y Plácido la sienta.)

PLÁC. Hay maridos de maridos.

CAS. El mio es de los peores. Su conducta es la de un libertino. Si viera usted con que frialdad me trata! Todo el dia se lo pasa fuera de casa, y por las noches pretesta mil ocupaciones para recojerse á las mil y quinientas.

PLAC. Bribon de Casto! Teniendo como tiene una mujer tan encantadora!

CAS. El no encuentra encantadoras más que cierta clase de mujeres. Todas las encuentra bonitas y hasta cuando vá conmigo del brazo, tiene la osadía de mirarlas y sonreirlas. Infame!

PLÁC. Si es verdad lo que usted dice, no merece perdon.

CAS. Ay, don Plácido! Soy muy desgraciada, pero usted puede hacer que lo sea menos.

PLÁC. Yo!

CAS. Sí; usted es amigo de Casto y á usted debe confiarle sus secretos. Prométame usted que el dia en que sepa algo, me lo dirá y...

PLAC. Señora! Faltar á la amistad.

CAS. Ah! no quiere usted complacerme. Lo comprendo! Todos ustedes son iguales. Pero no importa, yo vigilaré á Casto, y el dia en que esté segura de su traicion, oh! ese dia...

PLAC. Qué?

CAS. Le haré sentir la pena del Talion.

PLAC. Cáscaras!

CAS. Oh! y pronto sabré si me engaña. Ayer volvió á casa diciendo que habia estado en una junta de accionistas. Sus vestidos estaban chorreando agua, como si la junta se hubiese efectuado debajo de un canalon.

PLAC. Estaría tal vez la sociedad en liquidacion, y...

ALV. Entre usted, tio. (Dentro.)

PLAC. Ah! ellos son.

ESCENA VI.

DICHOS. CASTO, ALVARO y luego LUISA.

CASTO. Tú subes las escaleras de cuatro en cuatro, sin reparar que yo no puedo hacer lo mismo. Hola! Estás ya aquí, Casimira?

CAS. De dónde viene usted, caballero? Conteste usted.

CASTO. Ya lo ves, vengo...

CASTO No mienta usted, hombre inmoral.

ALV. Vamos, tia, cálmese usted. Su esposo ha ido á buscarme.

CASTO. Lo oyes?

ALV. Como vá, mi futuro suegro?

PLÁC. Perfectamente.

ALV. Y Luisa?

PLÁC. No tardará en salir. Pero en nombrando al rey de Roma... Vea usted si esto no es simpatía.

LUISA. (Entrando.) Querida Casimira! (La abraza.)

CAS. Qué tal el viaje?

LUISA. Perfectísimamente. Adios, Alvaro.

ALV. Luisa, tengo un verdadero placer... (Ruido fuera.)

PLÁC. Qué ruido es ese? Voy á ver...

ESCENA VII.

DICHOS, BENITA y ELENA vestida de colegiala.

BEN. La señorita Elena.

PLÁC. Gracias á Dios!

ELENA. Papá! Papaito, buenos dias! (Al reparar en los demás personajes, se detiene.) Ah!

PLÁC. Chiquilla, qué te detiene? No quieres darme un abrazo?

ELENA. La verdad, no esperaba... Creí encontrarte solo.

PLÁC. Es el candor mismo! Vamos, entra; estos señores son de confianza.

ELENA. No me atrevo ..

LUISA. Querida Elena... (Yendo á su encuentro.)

ELENA. Hermana mia! (Se abrazan.)

CASTO. La muchacha es una perla.

CAS. Cállese usted.

CASTO. Callaré, más no por eso dejará de ser muy mona.

PLÁC. A un lado la cortedad, y no tengas miedo, estamos en familia. Ah! te presento al futuro de Luisa. (Por Alvaro.)

ELENA. (Su futuro.) (A Luisa.) Qué callado te lo has tenido. (No es feo.) Y cuándo es la boda? porque supongo que habrán ustedes contado conmigo para la ceremonia.

PLÁC. Pues ya lo creo!

ELENA. Qué felicidad! (Abraza á Luisa. Elena se fija en Casto que ha estornudado diferentes veces durante este tiempo.) Me parece, caballero, que está usted algo constipado.

CASTO. Algo?... y aun algos!

CAS. Con efecto. (Dónde lo habrá cogido?)

ELENA. Ah! Papá, antes que se me olvide. Como al salir del colegio ignoraba el feliz acontecimiento que vá á tener lugar en la familia, no he traido más ropa que la puesta.

PLÁC. Bien, y qué?

ELENA. Que este traje no me parece el más conveniente para una boda.

PLAC. Habrá que hacerte algo en seguida.

ELENA. Justo. Un traje muy elegante. Has visto las corazas que están de moda?

PLAC. No; pero, díme, aprendes en el colegio esas definiciones militares?

ELENA. En el colegio? Si en el colegio no se aprende nada!

PLAC. Entonces, cómo sabes?

ELENA. Te diré.

CASTO. Atchis.

PLAC. El diablo cargue contigo y tu constipado.

CASTO. Gracias!

ALV. Durillo está de cocer, señor don Casto!

ELENA. (Repentinamente.) Casto... el señor se llama Casto?

PLAC. Sí.

ELENA. Já, já, já! (Riendo á carcajadas.)

PLAC. Qué significa?

CASTO. Le hace á usted gracia?

ELENA. No: sino que ya no me extraña que estornude usted tanto!

CASTO. (Caracoles! Si sabrá!...)

PLAC. Qué quieres decir con eso?

CAS. Por qué no lo extraña usted, señorita?

ELENA. Muy sencillo. Porque este caballero, debió constiparse ayer en el balcon de la señorita Pura.

TODOS. Pura!

CASTO. (Cielos, lo sabe todo!)

PLAC. Pero, Elena...

CAS. Siga usted, señorita, siga usted.

ELENA. Qué les pasa á ustedes?

CASTO. (Anodadado.) Casi... nada!

CAS. Decía usted que Casto estuvo ayer?...

ELENA. Quizás no fuera el señor. Sin embargo, es lo cierto que un caballero del mismo nombre estuvo ayer en casa de una jóven encantadora llamada Pura.

CAS. Siempre será alguna... desgraciada!

ELENA. Se equivoca usted: esa señorita tiene una fortuna respetable!

CAS. Dios sabe cómo la habrá adquirido!

CASTO. (Dios... y yo lo sabemos.)

PLAC. Si les parece á ustedes, podíamos ocuparnos del contrato...

CASTO. Justo! ocupémonos.

CAS. Despues que Elena haya concluido. Tenga usted la bondad de continuar.

ELENA. Continuar... el qué?

CAS. La historia que ha empezado usted á contar.

ELENA. Con mucho gusto, una vez que á usted la interesa.

CAS. No puede usted imaginarse cuánto!

CASTO. (Me lo imagino!)

ELENA. La historia es como sigue. Hallábase el Casto en cuestion en casa de Pura, cuando á los pocos instantes de su llegada, llamaron á la puerta. El modo de llamar no debia ser desconocido para la bella, porque en seguida exclamó: «Cielos! mi tio! Soy perdida! Pronto, ocúltese usted!»

CAS. No se le cae á usted la cara de vergüenza!

CASTO. A mí... por qué?

CAS. Silencio!

CASTO. (La niña y... su alma!)

ELENA. Por desgracia, la habitacion no tenia otra salida que la puerta, ni más hueco que el de un balcon, en el cual se ocultó don Casto, obligado por su bella, que le tuvo en él dos horas!

ALV. Qué atrocidad!

ELENA. Oh! si hubiera parado en eso la aventura...

CAS. Pues qué, hay más?

ELENA. Y tanto! Como que no cesó de llover en las dos horas de encierro. Y qué modo de llover!

CASTO. A chaparron!

CAS. A chaparron? Así llegó usted á casa!

CASTO. Sí... como llovido!

CAS. Oyen ustedes?

CASTO. Pero... atchis!

CAS. Infame! aún tiene usted valor de estornudar en mi presencia? No tiene usted dignidad!

ELENA. Qué señora más rara! (Se coloca entre Plácido y Alvaro, en cuyo brazo se apoya.) Lo verdaderamente cómico del lance, futuro cuñado, es que Pura engañó á su adorador.

ALV. De veras?

ELENA. El tio cuya visita le anunció, no tenia allí sobrina alguna.

ALV. Es posible?

ELENA. Como lo digo.

ALV. Quién era, pues, el importuno?

ELENA. Otro amante llamado Alvaro Miranda.

ALV. (Diantre!)

CASTO. Alvaro!

CAS. Mi sobrino! (Levantándose.)

LUISA. (A Plácido.) El! Qué indignidad!

CASTO. (Valiente tio!)

ELENA. Se han vuelto ustedes locos?

LUISA. Era ese el amor que usted me tenia?

ALV. Luisa, por favor, escúcheme usted!

LUISA. Todo ha concluido entre nosotros!

ALV. Pero...

LUISA. Ni una palabra. (Entra en su cuarto y cierra por dentro

ALV. (Por qué no habrá descarrilado el tren! Vaya una niña!)

CAS. Ha oido usted? (A Casto.)

CASTO. Por qué me lo preguntas?

CAS. Porque tambien entre nosotros todo ha concluido.

CASTO. (Ojalá!) Casimirita...

CAS. Le prohibo á usted que me siga, viejo Tenorio.

CASTO. Oyeme al menos.

CAS. Ni una palabra (Sale por el foro.)

CASTO. Y se vá! (A Plácido.) Tienes una hija que es una alhaja! Adios. Casimira! Casi... (Estornuda.) atchis... mira. (Mútis foro.)

ALV. Señor don Plácido, quisiera hablar con usted un momento.

PLAC. Soy con usted. Elena, entra en tu cuarto.

ELENA. (Desercion general.) Tardarás mucho?

PLAC. Un instante no más; luego hablaremos.

ELENA. Corriente. (Parece que la historia ha hecho efecto!) (Mútis segunda izquierda.)

ESCENA VIII.

DON PLÁCIDO, ÁLVARO.

ALV. Ignoro, señor don Plácido, cómo ha llegado á oidos de su hija lo que acaba de referir; lo único que sé es que Elena ha echado por tierra mis proyectos de felicidad. Sin embargo, puedo esperar de usted, despues de lo pasado, que interceda con Luisa en mi favor?

PLAC. Sabe usted lo que me pide? Caballero, cuando se ofrece la mano derecha á una jóven bella y honrada, debe retirarse la izquierda á toda otra mujer, por buena que sea.

ALV. Pues si precisamente no fuí con otro objeto á casa de Pura.

PLAC. Hombre! por quién me ha tomado usted, cuando me cree capaz...?

ALV. Entendámonos. Don Plácido, usted no ha sido jóven?

PLAC. Cómo si he sido jóven? lo soy todavía.

ALV. Cierto, lo es usted todavia, y por lo mismo debe usted comprender... Mucho antes de tratar á usted, sostenia yo una de esas relaciones...

PLAC. Peligrosas?

ALV. Esa es la palabra.

PLAC. Pero agradables, eh?

ALV. En cuanto á eso... segun y conforme. Pues bien hace dos dias recibí una carta de Luisa, singular, extraña.

PLAC. Sí, ya sé! Fué inspirada por su madrina.

ALV. Su lectura me hizo recordar que habia cometido la torpeza de escribir repetidas veces á Pura; y juzgándola capaz de enviar mis cartas á mi mujer el dia de mi enlace, me decidí á ir á su casa, dispuesto á recobrarlas á cualquier precio.

PLAC. Ah! vamos! Y se las ha devuelto á usted?

ALV. Sí señor. Mediante cuatro mil reales.

PLAC. Qué generosidad! Y esas cartas?

ALV. No existen: por mi desgracia, las quemé todas en cuanto las ví en mi poder. Sin esta circunstancia, su fecha hubiera demostrado á usted que mis relaciones con esa... señora habian concluido hacia mucho tiempo.

PLAC. Qué lástima!

ALV. A quién se lo dice usted!

PLAC. Me dá usted su palabra de honor de que ese trapicheo dió fin antes de pensar en su matrimonio con Luisa?

ALV. Se lo puedo á usted jurar.

PLAC. Eso ya es diferente.

ALV. Gracias. Pero usted cree que su hija me perdonará?

PLAC. Eso corre de mi cuenta.

ALV. Usted me promete...

PLAC. Sí, hombre, sí.

ALV. Habla usted de veras?

PLAC. Cuando yo se lo aseguro... Déjeme usted hacer, y vuelva por aquí dentro de una hora.

ALV. Será usted tan bueno que abogue por mi causa?

PLAC. Dále, machaca.

ALV. Considere usted que mi suerte está en sus manos.

PLAC. Por todos los santos! quiere usted marcharse?

ALV. No se incomode usted. Ya me voy; pero, y si Luisa me desprecia?...

PLAC. Qué pesadez!

ALV. Su amor es mi vida.

PLAC. Enterado.

ALV. Hasta dentro de una hora... (Mútis.)

PLAC. Gracias á Dios. Creí que no se marchaba. Ahora es preciso que Elena me diga cómo ha sabido... Elena!... (Llamándola.) Quién la habrá enterado... Elena!

ESCENA IX.

DICHOS. ELENA primera izquierda.

ELENA. Llamabas, papá?

PLAC. Sí, acércate. (Elena vacila.) No oyes?

ELENA. Qué tono! Estás enfadado? (Acercándose.)

PLAC. No; y eso que debiera estarlo, y mucho.

ELENA. Por qué?

PLAC. Dónde has aprendido las interesantes historias que has contado?

RLENA. Interesantes... Ah! ya, la del balcon?

PLAC. Justo: la del balcon. Supongo que no habrá sido en el colegio?

ELENA. Oh! no: ya te dije antes que en el colegio no se aprende nada.

PLAC. Dónde, entonces?

ELENA. En el wagon.

PLAC. En el wagon?

ELENA. Sí: en el reservado de señoras. Pues poco entretenido que es viajar en el reservado! Figúrate, querido papá, que en cinco ó seis viajes he venido acompañada de dos señoras de una hermosura inverosímil, y elegantes, oh! elegantes hasta la exajeracion.

PLAC. Sí, eh?

ELENA. Oye y juzga. Llevaban en la cabeza, y á modo de

sombrero, un cestillo de flores inclinado con gracia sobre la frente. Vestian un traje escotado, muy escotado, demasiado escotado, pero con una cola...

PLAC. Escotada tambien?

ELENA. Al contrario, larga, excesivamente larga.

PLAC. Dado el escote, se comprende. Llevaban el pudor en los piés.

ELENA. No lo creas! Lo que llevaban en los piés era unas botas preciosas con unos tacones muy altos, si vieras que tacones! Apenas podian dar un paso. Mira cómo andaban. (Imitando los movimientos de una modista.)

PLAC. No te molestes, conozco el paso. Y es eso todo?

ELENA. Nó; las he estudiado muy bien; hablaban como no es costumbre en el colegio, y empleaban frases tan distinguidas que, vergüenza me dá confesarlo, no entendia palabra.

PLAC. Es natural!

ELENA. Pero no hay nada perdido: las he retenido en la memoria: he buscado en el diccionario su significacion y no la he hallado. Tienes tú el diccionario en que se encuentra?

PLAC. Muchacha! sabes lo que me pides?

ELENA. Sí, otro diccionario; el del colegio vale tan poco...

PLAC. Díme: tú has hablado con esas señoras?

ELENA. No; nunca me he atrevido. La primera vez que las ví no desplegaron sus lábios; llegué á sospechar de su silencio y fingí dormir. Un momento despues hablaban por los codos, y decian cosas... pero qué cosas!

PLAC. Horribles, eh?

ELENA. No; horribles del todo, nó. Así es que deseosa de oirlas, y en vista de que no hablaban más que cuando yo dormia, cuantas veces han venido conmigo he hecho el viaje en un sueño.

PLAC. Fingido... por supuesto?

ELENA. Por supuesto. Es lo único que he aprendido en el colegio.

PLAC. Hola!

ELENA. Como lo oyes. Cuando las profesoras quieren saber lo que hablan las educandas, se hacen las dormidas. Cuántas veces he sido víctima de semejante ardid!

PLAC. No habrán sido pocas... bachillera.

ELENA. Dá tan buenos resultados... Pero volviendo á esas señoras; esta mañana entraron en el wagon, y la más bonita, la llamada por su amiga Pura...

PLAC. Ya pareció aquello!

ELENA. Refirió la historia de Casto y Alvaro Miranda. Tanto y de tal manera reian al contarla, que yo no pude contenerme y solté tambien la carcajada. No bien se apercibieron de que no dormia, exclamaron á un tiempo: Hablemos en *caló*. Conoces esa lengua?

PLAC. No!

ELENA. Qué lástima! Es preciso que me busques un profesor de caló.

PLAC. Sí, en seguida.

ELENA. Calla! has dicho «en seguida» lo mismo que las viajeras! Pero por qué no quieres que aprenda el *caló*? Vas á descuidar ahora mi educacion?

PLAC. Tu educacion! buena está tu educacion! Yo me tengo la culpa! Yo, que como todos, cuido en primer lugar de no exponer á mi hija á los peligros de la galantería y de la seduccion, como si los malos consejos y los malos ejemplos no fueran cien veces más peligrosos.

ELENA. Qué mosca te ha picado, papaito? Qué tienes?

PLAC. Qué he de tener? Tengo, que has llevado la desconfianza á casa de Casto, y que has deshecho la boda de tu hermana.

ELENA. Yo? Por qué?

PLAC. Porque las niñas que hablan sin saber de lo que hablan, no dicen más que tonterías, y tú has dicho más de las necesarias.

ELENA. Que yo he dicho tonterias?

ESCENA X.

DICHOS. CASTO por el foro.

CASTO. Atchis!

PLAC. Calla.

CASTO. Ya estoy de vuelta.

PLAC. Lo habíamos conocido.

CASTO. En qué? si ya estoy curado... (Estornuda.)

ELENA. Jí, jí! Dice que está curado!

PLAC. Pero Casto...

CASTO. No habia concluido. Estoy curado de Pura.

PLAC. Ah!

CASTO. Vengo de su casa. La he pedido explicaciones...

PLAC. Y qué?

CASTO. Me ha jurado que mi sobrino... era su padre!

ELENA. Já, já, já!

PLAC. Elena!

CASTO. Déjala que se ria. No sabe lo que ha hecho.

ELENA. Caballero... (Ofendida.)

PLAC. Haz el favor de retirarte.

ELENA. Pero papá...

PLAC. Repito que nos dejes.

ELENA. Ya voy; pero bien podias decirme qué es lo que he hecho. Que usted se alivie. (Mútis segunda puerta izquierda.)

CASTO. Gracias.

ESCENA XI.

DICHOS, menos ELENA.

PLAC. Ahora que estamos solos continúa. Decias que su padre...

CASTO. Su padre! Esa mujer ha añadido la ironía á la traicion.

PLAC. Y tú...

CASTO. He roto con ella; pero me ha amenazado con enviar mis cartas á mi mujer.

PLAC. Tus cartas?

CASTO. Sí, amigo Plácido. Nuestra novela, que empezó en el café de Eslava, se continuó por cartas.

PLAC. Pero hombre!

CASTO. No te apures. Acabo de recobrarlas mediante cuatro mil reales.

PLAC. Cuatro mil reales! (Debe ser la tarifa.)

CASTO. Hubieras creido nunca que se pagaran tanto mis autógrafos?

PLAC. Confieso que no.

CASTO. Aquí están. (Sacando un paquete muy grande.)

PLAC. Esconde eso, desgraciado! Si tu mujer se entera...

CASTO. Tienes razon; desde que está celosa ve doble, y seria capaz de adivinarlas en mis bolsillos. Tómalas.

PLAC. Y qué hago con ellas?

CASTO. Qué has de hacer?... comértelas, si es preciso, con tal de que no se entere Casimira!

ESCENA XII.

DICHOS. ÁLVARO foro.

ALV. Se puede?

CASTO. (Mi padrasto!) Ah! tunante.

ALV. Tio del alma! si hubiera sabido que era usted el que estaba en el balcon...

CASTO. No se trata ahora de eso. Qué buscabas en casa de Pura?

ALV. Perdon, querido tio... ya sabrá usted... Pero ante todo: (A Plácido.) habló usted á Luisa?

PLAC. Todavia no.

ALV. Caramba! y yo que creia...
PLAC. Aún no la he visto. Don Casto me ha entretenido...
LUISA. (Dentro.) Benita! Benita!
ALV. Ella! (Medio mútis.)
PLAC. Quieto, dónde vá usted? (Deteniéndolo.)

ESCENA XIII.

DICHOS. LUISA primera izquierda.

LUISA. Benita! (Viendo á Alvaro.) Ah! (Medio mútis.)
PLAC. Luisa...
LUISA. Qué?
PLAC. Escucha. Alvaro acaba de confesármelo todo, sus explicaciones me han satisfecho, y espero que tú...
LUISA. No prosiga usted. Yo no tengo queja alguna de de él. La culpa es mia lo reconozco, soy demasiado exigente, y como creo que no habia de ser feliz en mi matrimonio, he decidido no casarme, y no me casaré.
PLAC. Permíteme que te diga que esa resolucion no es nada cuerda. Alvaro te adora.
LUISA. No lo dudo; pero por fortuna suya, no soy la única que merece su cariño. Ha herido, pues, mi dignidad, y debe saber que nunca...
ALV. Luisa... (Suplicante.)
LUISA. Caballero! (Frialdad.)
PLAC. Ya ves que cuando yo lo perdono...
ALV. Basta, don Plácido; conozco á Luisa y sé que no logrará usted persuadirla.
PLAC. Pero...
ALV. Beso á usted los piés. Señor don Plácido...
PLAC. Se marcha usted?
ALV. Mi presencia es enojosa para todos, así es que me retiro. Que sea usted tan feliz como se merece. Luisa, adios para siempre. (Medio mútis.)

ESCENA XIV.

DICHOS. ELENA.

ELENA. Hermana mia, no le dejes salir! (Cogiendo á Alvaro.)
PLAC. Nos escuchabas?
ELENA. (A Alvaro.) Un momento, amigo mio. (A Luisa.) Y tú que haces que no lo detienes? No comprendes que vá á matarse?
TODOS. A matarse!
ELENA. Atiende lo que he oido esta mañana.
PLAC. Otra historia? } A un tiempo.
CASTO. Dios nos coja confesados! } A un tiempo.
ALV. Abur! } A un tiempo.
ELENA. Si digo que no se marcha usted.
CASTO. De veras vá usted á contarnos?...
ELENA. Sí, qué tiene de particular?
CASTO. Pues es una friolera!
PLAC. Díme, pertenece esa historia al repertorio del reservado de señoras?
ELENA. Precisamente. Momentos antes de ponerse en marcha el tren, ocupábamos el wagon una señora anciana y yo. Ibamos ya á partir, cuando otra señora tambien de edad algo avanzada subió al coche y se sentó á mi lado. Las dos viajeras se conocian, y yo que lo adiviné...
PLAC. Fingiste que dormias?
ELENA. Lo has acertado.
PLAC. Es tu costumbre... Prosigue.
ELENA. Con que al fin se casa su sobrino de usted?—dijo al poco rato la nueva viajera á su amiga. Sí, replicó ésta, y por cierto que la boda á poco le cuesta la vida. De veras? Figúrese usted que hace pocas noches, bailando en una reunion con su prometida, dejó caer de su bolsillo un retrato de mujer que recogió en seguida, creyendo que nadie se habia apercibido; pero al dia siguiente su

futura que lo habia visto, declaró que no queria casarse. Desesperado entonces el novio, se separó de ella diciéndola como Alvaro á Luisa: Señorita, que el cielo la haga á usted feliz! Adios para siempre.

CASTO. Bah! todos los enamorados dicen lo mismo, y sin embargo...

ELENA. Este lo decia con sinceridad, pues cuando su tia, que no era otra que la señora del wagon, fué á visitarlo al dia siguiente, le encontró escribiendo una carta, y vió sobre la mesa una pistola.

CASTO. Eso es un capítulo de novela.

LUISA. Continúa.

ELENA. Por fortuna la novia se decidió á hablar del retrato, y entonces se supo que era de un amigo del amante, al cual se lo habia entregado antes del baile.

CASTO. Antes? Y con qué objeto?

ELENA. Decia usted?

CASTO. Preguntaba que con qué objeto.

ELENA. No lo sé, porque si he de ser franca, no he comprendido... Parece que la mujer del amigo estaba en el baile, y él no queria que viese el retrato. Por qué? ahí está el secreto. La cronista no lo reveló.

PLAC. Se comprende.

ELENA. (Llevando á Alvaro al lado de Luisa.) Pero el hecho es que todo se arregló satisfactoriamente, y que la boda se celebrará muy pronto.

ALV. Señorita...

LUISA. Yo... yo no quisiera... pero...

PLAC. Comprendido. Puede usted quedarse Alvaro y lo diré todo.

CASTO. Sí, dílo todo. (Qué es lo que irá á decir?)

PLAC. (A Luisa.) Y tú, rencorosilla, si quieres saber porqué fué á casa de Pura tu futuro, mira. (Saca las cartas de Casto.)

LUISA. Un paquete de cartas!

CASTO. Condenado, que son las mias!

PLAC. Sí, las tuyas, que gracias á tu sobrino están en mi poder.

LUISA. Será posible?

CASTO. De manera que Pura es inocente?... imposible. El inocente soy yo.

CAS. (Dentro.) En el gabinete! muy bien.

CASTO. Caracoles! mi mujer! Guarda pronto las cartas. (Al dárselas á Plácido caen las cartas por el suelo. Plácido las recoje.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DOÑA CASIMIRA ridículamente vestida.

CAS. Celebro encontrar á ustedes juntos.

PLAC. Qué significa...?

CASTO. Gran Dios! Se ha vestido de máscara.

ELENA. Qué facha!

CASTO. Quieres decirme...?

CAS. Y á usted qué le importa, asesino!

CASTO. (Ya escampa!)

CAS. No hace usted lo que tiene por conveniente, por inconveniente que sea? Pues bien, desde hoy seguiré su ejemplo.

CASTO. Desdichada, qué vas á hacer?

CAS. Lanzarme!

CASTO. Que no fuera verdad!

CAS. Rotos los lazos que nos unian, recobro mi libertad. No le necesito á usted para nada.

CASTO. Para nada?

CAS. Desde aquí me voy á la Castellana, luego al Prado, y mañana al Retiro.

CASTO. Sí, y allí te encierran!

CAS. Hola! se han reconciliado ustedes? (Reparando en Luisa y Alvaro.)

ALV. Si usted no se opone.

CAS. Vaya si me opongo! Conozco mucho la debilidad de mi sexo, y si he vuelto aquí, ha sido solo para oponerme al contrato.

CASTO. Esto es demasiado y no hay paciencia que aguante. Con permiso de ustedes, tengo que hablar en particular con mi mujer.

CAS. Y yo no quiero tener nada de particular con usted.

CASTO. Cuidadito, señora, porque de lo contrario... (Accion de tocar el contrabajo.)

CAS. Oh! no por Dios!

CASTO. Basta, pues, de escándalo. Soy inocente, y estoy dispuesto á probarlo.

CAS. Y cuándo he dudado yo de tu inocencia?

CASTO. Oyen ustedes?

CAS. (Tú me las pagarás en cuanto estemos solos!)

CASTO. Todo está arreglado. Mi esposa me perdona sin necesidad de explicaciones.

PLAC. Que sea enhorabuena!

CASTO. (Eso es, gózate en mi desgracia.)

BEN. La sopa está en la mesa.

PLAC. Santa palabra! (Alvaro dá el brazo á Casimira. Casto á Luisa.) A comer!

ELENA. (Dando el brazo á su padre.) Te quejarás aún del reservado de señoras?

PLAC. Nó; pero si otra vez vuelves al colegio, que lo dudo, irás conmigo.

CASTO. (Al público.) Si ha sido de vuestro agrado
este juguete, que... achit!
(A Elena.) Vamos, dílo tú por mí,
que yo estoy muy constipado.

ELENA. Ya hemos llegado al final,
y si os agradó la pieza,
me encargan que con franqueza
diga no es original.
Por lo tanto, si aplaudís,
como es hoy nuestro deseo,

mañana por el correo
irá el aplauso á París
donde reside el autor,
que al recibir la noticia,
es fijo que hará justicia
á un humilde traductor.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la Administracion Lírico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Sevilla, 14, principal, y en las principales librerías.